

RECENSIONES

ARROYO C., DULIO, Y OTROS: *Panamá y los Estados Unidos ante el problema del Canal*. Universidad de Panamá. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, 1966, 523 páginas.

Dice el doctor Carlos Iván Zúñiga en una alusión clara a los graves sucesos de Panamá de comienzos de 1964, en los que perdieron la vida varios jóvenes panameños, estudiantes en su mayoría: «La agresión sufrida por la nación panameña ha brindado la oportunidad de comprobar tanto el espíritu de unidad de nuestro pueblo como la continuidad histórica de nuestras demandas básicas.» Ambas cosas pueden con razón ser consideradas como el tema central de una obra que es toda ella, salvo la introducción, una recopilación de documentos, textos, artículos y discursos sobre la cuestión del Canal de Panamá, con una interesante nota cronológica al principio y con unos anejos de especial importancia al final, entre los que se encuentra el texto del tratado firmado—no fué negociado, en realidad—entre los Estados Unidos y la recientemente creada República de Panamá. Junto con una nota bibliográfica circunscrita a los autores panameños que han escrito sobre una cuestión que aparece entrelazada de una manera vital e inseparable a la vida y a la existencia misma, hasta ahora, de la nación.

Una de las cosas que saltan a la vista es la enorme, insuperable casi, dificultad con que ha tropezado el Gobierno de Panamá para dar a sus relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos una cierta sensación de igualdad y equilibrio. Dice el doctor Dulio Arroyo C., decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad, que ha publicado esta obra: «No cabe duda de que los problemas derivados de la construcción y funcionamiento del Canal en nuestro suelo han constituido, desde el inicio mismo de la República, la principal preocupación del hombre panameño.» Entonces, ¿cómo se explica una «concesión» a perpetuidad que no se limita al territorio de la Zona del Canal, sobre el cual carece de jurisdicción el Gobierno de Panamá, sino que se extiende a cualesquiera otras tierras y aguas que fueran necesarias y convenientes para «la construcción, mantenimiento, funcionamiento, saneamiento y protección del Canal»?

En toda la historia de las actividades y relaciones coloniales, difícilmente se podría encontrar un ejemplo más típico y característico de la falta total de consideración para los derechos ajenos que este tratado que fué firmado por los plenipotenciarios de ambos países, a los quince días justos de haber declarado Panamá, el 3 de noviembre de 1903, la separación de Colombia. No haría falta pensar en la posición geográfica, ni en las dimensiones, ni en las circunstancias en que se produjo esa separación para acariciar la sospecha de que Panamá no podía haber tenido una gran intervención en la preparación de ese documento.

Y que al firmarlo, apenas pudo hacer otra cosa que llenar un trámite para el cual posiblemente no hubiese existido ni siquiera una consulta previa. Podía tratarse de firmar, sencillamente.

El concepto tradicional de la «santidad de los tratados» adquiere una especial significación histórica cuando se tropieza con documentos como éste en el que se dice, por ejemplo, en el artículo 3.º, que la República de Panamá concede a los Estados Unidos en la Zona del Canal «todos los derechos, poder y autoridad que los Estados Unidos poseerían y ejercitarían si ellos fueran soberanos del territorio dentro del cual están situadas dichas tierras y aguas (de que se hace mención en un artículo anterior), con entera exclusión del ejercicio de tales derechos soberanos, poder o autoridad por la República de Panamá».

Se trata, sin duda, de un documento típicamente unilateral, preparado y adoptado por decisión unilateral y convertido en una condición fundamental de la situación en que se encontraba la República de Panamá en el momento de dar comienzo a una existencia independiente. Es una imposición, sencillamente, y sigue siéndolo. Todo esto encuentra ancha, sólida y documentada exposición en este libro en el que se habla de la «interpretación torcida y unilateral» de la Convención Istmica, «que tanto favorece los intereses (de los Estados Unidos)», y contra la cual se puso de manifiesto, casi desde el instante mismo de su firma, un ambiente de recelo y oposición que no ha dejado de crecer y afirmarse, hasta verse convertido en una gran preocupación nacional.

«Así han transcurrido los años—dice el doctor Arroyo—; por un lado, los Estados Unidos, abusando siempre y en todos los órdenes de su condición de país fuerte, mientras Panamá tenía que conformarse, por su debilidad, con protestar y dejar constancia ante la faz del mundo de los atropellos y de la injusticia de que era víctima. En 1936, ese gran presidente de la nación nortea que fué Franklin D. Roosevelt, repara en parte el agravio; pero luego ningún progreso se obtiene hasta el año de 1955, cuando se logran algunas mejoras de tipo principalmente económico. Esto explica el general y permanente resentimiento que ha existido y existe de parte del pueblo panameño, que sólo anhela que se le haga justicia, que se le reconozcan sus derechos como *dueño* del territorio en que se está enclavado el Canal y recibir la justa participación que le corresponde en los beneficios que se derivan del mismo.»

Aparte el gran valor histórico y documental que tiene esta obra, está el interés general que proyecta sobre la enorme y constante actualidad que tiene la cuestión del Canal para Panamá y sus habitantes y la frecuencia con que se tropieza con hechos y datos altamente significativos en lo concerniente a la conducta y actitud de las potencias que, con mucho poder, están aparentemente decididas a sostener y defender a toda costa unos intereses determinados sin consideración alguna para los intereses y sentimientos de los demás. Por ejemplo, en un trabajo sobre la que califica de «la amenaza del contrato Strotz», dice el doctor Ricardo J. Alfaro, en la presentación de sus argumentos sobre la tesis de la intransferibilidad de derechos emanados de contratos o de tratados públicos sin acuerdo de las partes interesadas:

«En el año de 1922, el Gobierno de los Estados Unidos comenzó a desarrollar el plan de traspasar a una persona privada para su explotación mediante compra, o para su explotación únicamente, las actividades comerciales que ejercía en la Zona del Canal la Compañía del Ferrocarril de Panamá. Las actividades que se intentaba traspasar en esta forma eran las de los comisariatos al por mayor (que comprendían los almacenes de víveres, los de mercancía seca, los de calzado y los de ferretería), y además la panadería, la planta de tostar y empacar café, las lavanderías de Ancón y Cristóbal, la fábrica de jabón, el matadero («abattoir»), los almacenes frigoríficos, las plantas de embotellar leche y fabricación de hielo y helados, los talleres de herrería, carpintería y tonelería, los garages e instalaciones de carga eléctrica, y, en fin, los potreros

RECENSIONES

y lecherías, que contaban aproximadamente 12.000 cabezas de ganado para la matanza y 1.000 para la producción de leche. El plan comprendía asimismo los edificios en que se llevaban a cabo las respectivas actividades.»

No hay grandes motivos para dudar, pues, de lo que en los Estados Unidos se podían pensar que era Panamá. Ni tampoco de lo que en Panamá se podía pensar de los Estados Unidos. De la diferencia que media entre una cosa y la otra ha salido la situación que mueve al doctor Arroyo a hablar de «una lucha patriótica y sostenida por la reivindicación de los legítimos derechos» de Panamá y los panameños que, afirma, «se han mantenido siempre unidos, sin distinciones de ninguna clase» en todo lo relacionado con esta cuestión para ellos absolutamente fundamental. Por eso, añade, vemos que en esa lucha «han intervenido gobernantes y gobernados, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, intelectuales, obreros y campesinos, siendo muchos incluso los que han pagado con la vida sus ansias reivindicadoras».

Para llegar a una especie de conclusión que, vistas las cosas con objetividad, pudiera pecar de mucho, excesivo optimismo. Porque, dice el doctor Arroyo, «felizmente, la gesta de enero de 1964, en la cual varios patriotas panameños perecieron valientemente en defensa de la dignidad nacional, parece haber hecho reaccionar a los dirigentes de la patria de Lincoln y Kennedy, los cuales, convencidos de que tan injusta situación no podía mantenerse por más tiempo; que se hacía preciso cambiar de política, en beneficio no sólo de Panamá, sino de su propio prestigio internacional, han aceptado negociar un nuevo convenio que sustituya al nefasto de 1903, que esperamos resuelva de una vez para todas las dificultades existentes entre los dos países».

Lo menos que se puede decir en estos momentos es que la espera promete ser larga y seguramente penosa. Para el lado de Panamá, por supuesto, ya que el otro aparece vitalmente interesado en conservar durante el mayor tiempo posible unas posiciones de extremado, prácticamente absoluto, privilegio.

JAIME MENENDEZ.

RICHARD N. GARDNER: *Vers un ordre international*. París, Les Editions Internationales, 1965, XXI, más 393 páginas.

Como dice Harlan Cleveland en el prólogo de esta obra, la cooperación internacional para la supervivencia del género humano y para su bienestar se ha convertido en una necesidad evidente. El mundo es pequeño. Se quiera o no, mientras las naciones continúan aferrándose a la soberanía nacional y a los objetivos nacionales, la ciencia edifica una comunidad funcional internacional.

De esa dialéctica hemos de partir para la elaboración de un verdadero orden internacional.

* * *

A la busca de la paz en la justicia es el tema de la primera parte del libro aquí registrado—páginas 19-130—.

Ella se abre con un capítulo consagrado a los Estados Unidos y las Naciones Unidas. Para el autor, una crítica franca y constructiva de las insuficiencias de la O. N. U. debe unirse a una convicción de que, a pesar de todos sus fracasos, las Naciones Unidas son un elemento positivo para los Estados Unidos.

El capítulo siguiente va encaminado a estudiar el comportamiento de la Unión Soviética en las Naciones Unidas. Ello se lleva a cabo a través del en-

RECENSIONES

juiciamiento de la oposición existente—en el plano de los principios—entre el comunismo y la Carta de la O. N. U., en una serie de terrenos clave: coerción comunista, desarrollo constitucional, financiamiento, «servicio civil» internacional, Tribunal Internacional de Justicia, cooperación social y económica, información y seguridad y desarme. El trabajo comentado alude a la posición «dura» de la U. R. S. S. en los primeros tiempos y registra la evolución experimentada en los últimos tiempos por la táctica soviética.

Los límites de las posibilidades de la O. N. U. en el servicio de la paz mundial se presentan examinando el papel de la Organización en las crisis de Cuba y del Congo. Tanto en un caso como en otro—salvando su diferente carácter—, el papel de la O. N. U. ha sido el de proporcionar facilidades prácticas a la comunidad internacional, a fin de hacer frente a una grave amenaza para la paz mundial. Es un resultado nada desdeñable. Ciertamente, como afirma el autor, las Naciones Unidas no han resuelto todos los problemas en estas crisis. Pero, como también señala el autor, para tal cosa hubiera sido preciso que la O. N. U. fuera un Gobierno mundial (lo cual sus miembros no quieren manifestamente).

Y yendo al trascendente asunto del futuro de las Naciones Unidas como Organización de seguridad, R. Gardner fija su atención en el desarrollo de sus poderes en el campo del mantenimiento de la paz. En tal ruta, el autor considera los dos aspectos cumbre del papel de la O. N. U. en la esfera de la seguridad: la diplomacia preventiva y la acción de policía internacional. Extremo subrayado en esta estimación es el considerable desarrollo del papel político del secretario general de la O. N. U.—la evolución de los poderes del secretario: «de la autoridad moral a la autoridad política», en términos de M. Vivally—. Pero no sólo eso. Para el autor del libro reseñado, los resultados obtenidos en el dominio del mantenimiento de la paz por las Naciones Unidas son desproporcionados en relación con sus necesidades. De ahí que R. Gardner estudie un conjunto de proposiciones enderezadas al reforzamiento del papel de la O. N. U. en el mantenimiento de la seguridad mundial. Y se trata de proposiciones que, constituyendo un importante progreso en esos rumbos, tengan la posibilidad de ser *aceptadas políticamente* en el mundo que vivimos (por ejemplo, reclutamiento y formación de fuerzas nacionales para el servicio de las Naciones Unidas).

* * *

La segunda parte—páginas 131-346—va dirigida al enfoque del asunto de la búsqueda del bienestar mundial. La promoción de los objetivos económicos y sociales no es únicamente deseable por sí misma, sino que está vitalmente ligada a la forja de la paz.

En este terreno, el primer punto abordado es el decenio del desarrollo. En él se habla de temas como la distribución mundial de rentas, la situación del mundo pobre, el papel complementario de la ayuda exterior, las razones y las fuentes de la ayuda, los límites—explicados—de la ayuda multilateral, el entramado de instituciones de asistencia multilateral y el significado del citado decenio (que ha proporcionado—en el sentido de Mr. Gardner—un cuadro simbólico para la aceleración del progreso económico y social de los países subdesarrollados).

Al ocuparse del comercio internacional, esta obra se refiere al G. A. T. T.: sus vicisitudes (comienzos inseguros, progresiva consolidación para hacer frente a las necesidades mundiales) y su actual servicio al llamado mundo libre (así, en tanto que tribuna de negociación para el *Kennedy Round*), etc. Parejamente, se interesa por la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el co-

RECENSIONES

mercio y el desarrollo, cuyo significado es valorado realísticamente, para terminar por admitir que ella anuncia una nueva era en la organización internacional de los cambios comerciales.

Estudiando—en otro apartado—el sistema monetario internacional, R. Gardner pone de relieve las particularidades del Fondo Monetario Internacional, que constituye el centro de las estructuras de cooperación financiera internacional y el complemento de los esfuerzos nacionales y regionales para la estabilidad financiera. En esta materia, se consignan las funciones principales del F. M. I., se destaca la saludable presión ejercida por él sobre las políticas interiores y se asegura que el Fondo está llamado a desempeñar un creciente papel en los años futuros, en tanto que elemento central de una estrategia orientada hacia una rápida expansión de la economía mundial.

Un capítulo se dedica al explosivo crecimiento de la población mundial, cuestión que reviste una particular importancia en los países subdesarrollados. Pues bien; la toma de conciencia de este problema por la comunidad internacional, a través de la Asamblea General de las Naciones Unidas, es presentada por el volumen comentado.

Cerca de cuarenta páginas abarcan las reflexiones hechas en torno a la conquista del espacio en este libro. Asunto bien de nuestra época. Ella, a entender de Gardner, no es una aventura nacional. Es una aventura internacional, planetaria. Afecta directamente al conjunto de la Humanidad, y, por ende, a las Naciones Unidas. De ahí un *dominio nuevo* para la cooperación internacional. El autor traza los rasgos clave de tal panorama.

Pone fin a este volumen una estimación acerca de la significación de los derechos humanos, vistos como culminación del edificio del orden mundial. Se cuenta con que nazca una *verdadera* comunidad internacional. Pues bien; tal comunidad ha de estar basada precisamente sobre el respeto de los derechos humanos. Tal es el criterio de Gardner. Su estudio hace un balance de la obra de la O. N. U. en este campo.

Los apéndices—tres documentos de A. E. Stevenson, de A. J. Goldberg y de R. N. Gardner—ocupan 47 páginas.

* * *

Ciertamente, como ha subrayado Harlan Cleveland, la cooperación internacional constituye un trabajo de Sísifo, por la multiplicidad de los elementos contradictorios con los que hay que contar... y luchar. Piénsese en la obstinación de la raza humana por aferrarse a usos del pasado, en su prodigiosa resistencia a los cambios, en su perseverancia en los prejuicios y en los odios. ¡Tremebunda empresa, por tanto!

Por consiguiente, se comprenderá perfectamente la razón de quienes piensan en la estructuración de un orden mundial *pieza a pieza*, y, dentro de ese marco, en el creciente valor de la O. N. U. como agente de conciliación y guardián de la paz del mundo. Pero sin olvidar, en ese discurrir, las clarísimas admoniciones que sobre las necesidades de un orden mundial *eficaz* han lanzado—a la conciencia universal—figuras como Juan XXIII y Pablo VI, desinteresados oteadores del arriscado «vivir» de una desquiciada Humanidad.

LEANDRO RUBIO GARCIA.

RECENSIONES

FRANCISCO HERNÁNDEZ BLASCO: *Africa, tercer mundo*. Ediciones Corona. Barcelona, 1966, 468 páginas.

El continente africano ha saltado, especialmente a partir de 1960, al primer plano de la actualidad mundial. Las rápidas y sucesivas independencias logradas por sus territorios coloniales, el ingreso de sus jóvenes Estados en la Organización de las Naciones Unidas, donde disponen de un caudal de votos capaz de imponer criterios, las sangrientas revueltas registradas en algunos de sus países, la frecuencia de los golpes de Estado que se vienen sucediendo en los últimos años, etc. Todo esto, y muchos más aspectos que omitimos para no hacer interminable la relación, ha motivado que los antaño lejanos y desconocidos territorios africanos pasen con frecuencia a la primera página de los periódicos y otros medios de información, atrayendo la atención de ingentes multitudes poco o nada preocupadas, anteriormente, por los acontecimientos desarrollados en esa inmensa área geográfica. La popularidad adquirida por ciertos Estados del continente no es, siempre, producto de acontecimientos satisfactorios. Basta recordar las luctuosas jornadas del Congo ex-belga para confirmarlo; pero el hecho real, cierto e incuestionable, es que Africa, por motivos muy diferentes, centra la atención del gran público mundial.

Al compás de esa expectación, de ese interés que despiertan los problemas africanos en un círculo cada vez mayor de personas, se da ese florecimiento editorial que se advierte en gran número de países en los que centenares de obras que tratan de los aspectos más variados, aparecen anualmente y en donde las Universidades y los Institutos especializados crean Seminarios y centros de investigación que estudian aspectos concretos de esa Africa cargada de interrogantes. España, en escala mucho más modesta, no podía ser una excepción a la corriente general de la época, y así, en los últimos años, ha dado a la luz una copiosa bibliografía, especialmente referida a sus antiguos y actuales territorios.

Ahora aparece esta obra de Hernández Blasco, pulcramente editada e ilustrada con 50 mapas de Fernando Küntz. El objetivo que se ha propuesto el autor queda consignado en el prólogo: «Este libro—dice—pretende dar a conocer, somera y rápida, pero fielmente, las características fundamentales de las naciones y territorios que forman el continente, desde el punto de vista geográfico, histórico, económico, político, demográfico, sanitario, educativo, etc. La intención no ha sido realizar un estudio exhaustivo—algo menos que imposible—, pero sí poner al alcance de todos una serie de datos sobre estos países, quizá nuevos para muchos, aunque viejos en la historia de la Humanidad, cuya existencia no se puede ignorar.»

Y esta finalidad puede afirmarse que la ha conseguido plenamente. En sus páginas divulga al gran público, al lector no especializado, una síntesis de antecedentes que configuran cada uno de los 51 países o territorios dispersos en el vasto continente, permitiendo formar una idea, general y suficiente, de lo que han sido y son. En su labor se ha enfrentado con la imposibilidad de hallar cifras ciertas, absolutamente fidedignas, referentes a aspectos vitales (extensiones territoriales, población, etc.) de muchos países. Y es que en Africa, pese a la gran labor realizada, subsisten muchas lagunas en la información que dificultan toda obra de conjunto.

Como hecho digno de ser relatado, tenemos el de la impecable objetividad puesta de manifiesto por Hernández Blasco cuando resume los regímenes políticos de los diferentes Estados. Expone los hechos sin pasión ni partidismo, dejando al lector que saque sus propias conclusiones, una vez que ha sido in-

formado de los antecedentes. Esto resulta tanto más meritorio por cuanto que los asuntos africanos son deformados, con excesiva frecuencia, en virtud de las propias preferencias ideológicas de los autores. Hay asuntos, como el debatido del «apartheid», que retienen la atención de las multitudes a las que no se han informado escrupulosamente de los verdaderos términos de la cuestión. En este caso, poderosos intereses lo presentan, en términos simplistas no bien intencionados, como un caso de «opresión de una mayoría negra por una minoría blanca» cuando, en realidad, se trata del desarrollo separado de las dos razas. Las deformaciones en asuntos de tanta importancia crean artificialmente inquietantes climas de opinión que no han de contribuir, con certeza, a la resolución de los graves problemas que tiene planteados Africa en la hora actual.

Al objeto de sistematizar la información, el autor señala en cada nación los siguientes antecedentes: límites, capital y ciudades importantes, fecha de independencia, el país, historia, comunicaciones, riquezas, régimen político y población. Ya se comprenderá que tratándose de una obra de conjunto, forzosamente breve y de carácter enciclopédico, el autor no trata de pasar una revista profunda al contexto de tan numerosos Estados, sino que subraya los aspectos de vital interés dentro del panorama. Hay que señalar que al principio de cada una de las reseñas se incorpora el mapa esquemático del país, lo que facilita mucho la comprensión del texto.

En suma, se trata de una obra que permite una visión general completa del Continente, por lo que ha de resultar sumamente útil para el lector que pretenda iniciarse en el estudio de los problemas africanos.

JULIO COLA ALBERICH.

CLAUDE WAUTHIER: *El Africa, de los africanos*. Editorial Tecnos. Madrid, 1966, 356 páginas.

Hace ya algún tiempo que una famosa obra en lengua francesa planteaba el tema de que en las organizaciones nacionales internas y en la política internacional general de los países africanos tropicales, lo esencial era saber si habían escogido bien o mal su punto de partida. La afirmación «L'Afrique noire est mal partie» era la consecuencia pesimista; y se desprendía de la idea de que en aquel lado de Africa la clave de los problemas está en evitar la solución de continuidad. Atrás habían quedado los tiempos coloniales, en los cuales los encuadramientos oficiales y administrativos de las potencias colonizadoras se habían ocupado, sobre todo, de los factores de prestigio y los aprovechamientos de primeras materias. En cambio, habrían dejado de lado las realidades vitales de los valores humanos en los comportamientos colectivos o de grupos de los pueblos colonizados. Después, las independencias venidas de pronto, han acentuado exageradamente los valores humanos con exaltaciones inversas del apogeo de lo «nativo». Entonces las referidas realidades vitales, al desbordarse sobre encuadramientos demasiado pomposos de Estadillos con fronteras artificiales y pueblos partidos, han tendido a lo espectacular más que a lo constructivo.

Sin embargo, y a pesar del atropellamiento prematuro con que han surgido varias naciones afronegras, no puede decirse que Africa tropical sea totalmente ajena a una regla histórica constante: la de que toda reivindicación de una independencia nacional ha estado siempre estrechamente unida a un renacimiento cultural. El movimiento de emancipación de las antiguas colonias de Africa negra no ha escapado a esta regla; los accesos a las independencias han sido precedidos y acompañados por movimientos culturales, poco exten-

sos por los muchos de sus creadores, pero de notable intensidad por los empeños y las solidaridades entre los «negristas» de unos y otros países. Y resulta mucho más notable el florecer de tales movimientos, si se tiene en cuenta que antes de la Segunda Guerra Mundial el conjunto de los países y territorios del África negra colonial era una de las zonas mundiales donde el analfabetismo predominaba en las mayorías de sus poblaciones.

Sin embargo, a pesar del atraso de las masas y la dispersión de los portavoces de su renacer general, África negra tiene hoy a su favor la realidad de que quienes la han despertado, puesto en pie, y tratado de articular han sido precisamente los grupos de sus «élites» intelectuales. Con ellos comenzó todo el período de las autodeterminaciones, y por ellos se puede hacer que África negra vuelva a tener un buen punto de partida. Se trata de que apretando con la noción ideológica del negrismo (la *négritude* de los dirigentes de expresión francesa), sobre las contradicciones de los Estadillos afrotropicales más localistas y recalcitrantes, el negrismo pone en marcha un nuevo y paradójico método de política internacional; que no es desde dentro hacia afuera, sino desde afuera hacia dentro.

El libro de Claude Wauthier *El África, de los africanos*, responde plenamente a la necesidad de que para conocer los valores dinámicos del negrismo internacional, en sus dos vértices, cultural y político, se estudien desde sus orígenes activos. Y las ideologías que pusieran en marcha la actividad. Aparecida inicialmente en París, la versión en castellano de la obra de Claude Wauthier ha sido publicada en Madrid por la Editorial Tecnos; dentro de la colección «Tercer Mundo», en la cual ya figuraba otro libro de especial valor documental sobre el sindicalismo africano. En su enfoque y su presentación, la obra *El África, de los africanos*, aborda como tema esencial y central el del estudio de la literatura afronegra en lo colonial y lo postcolonial; pero dando a la palabra «literatura» su sentido más amplio referido al conjunto de las facetas de una estructuración (o reestructuración) que abarca todos los aspectos de una cultura fuertemente orientada hacia lo político combativo.

Precisamente el rasgo principal de los oradores, los escritores, los artistas y los científicos negroafricanos, ha venido siendo hasta ahora el de su compromiso político respecto a sus factores raciales. Claude Wauthier subraya el hecho esencial de que al lado de una literatura comprometida con la *négritude*, existen también en África contemporánea una historia comprometida, una etnología comprometida y una teología comprometida. Así dice: «El historiador negro pretende denunciar la barbarie de la conquista colonial y rehabilitar las figuras de los jefes africanos que se opusieron a ella; el etnólogo intenta refutar los prejuicios que han hecho del africano un primitivo y un salvaje; el teólogo procura descubrir en las creencias de las tribus africanas una ontología menos grosera y más cercana al cristianismo. No existe dominio ni siquiera en la lingüística, que no haya sido convertido en campo de batalla por los intelectuales africanos...»

La concentración sobre los valores activos de los negros, que casi siempre aparecen en formas combativas y con intenciones plurinacionales, se nota también en que (adversos o tolerantes con las colonizaciones; convertidos al cristianismo, al islamismo o al marxismo), la mayoría de los intelectuales negros no han tratado más que de un solo tema, y este tema ha sido el de África. Claude Wauthier destaca: «La dedicación va tan lejos que, en realidad, no existen prácticamente autores negro-africanos que hayan abordado otro tema. El héroe de sus novelas es casi siempre un negro; y si por casualidad se trata de un blanco, su acción transcurre en África y su tema es el choque con la mentalidad negra.»

De otra parte, puede añadirse que dedicación y concentración apuntan casi siempre hacia las sistematizaciones políticas que quieren modernizar lo tradi-

RECENSIONES

cional. Por ejemplo, Wauthier recoge diversas teorías que se refieren a la existencia de una organización democrática del poder político en las sociedades africanas, e incluso de constituciones de transmisión oral; y parlamentos como el de la República lebú del Cabo Verde, que tuvo con un Ministerio y dos Cámaras. Aunque a veces parece que las democracias negras tradicionales pecaban por exceso, pues la ejecución del menor proyecto requería la aprobación del clan entero o de la tribu.

El salto de aquellas democracias de grupos de «jus-sanguinis» hasta las actuales, recientes e inacabadas, naciones territoriales, se ha hecho, sin embargo, a través de las etapas coloniales que han desarticulado no sólo las fronteras de los grupos lingüísticos raciales y comarcales, sino que han desarraigado a las tribus de sus cuadros geográficos de trabajo, y las han arrastrado a la acumulación en las nuevas zonas industriales. Después han surgido muchos Estados a veces tan endebles que sólo tienen un nombre, una bandera, y unos grupos minúsculos de dirigentes. La confusión de conceptos y realidades llega al máximo cuando se trata de regímenes de encuadramientos que quieren ser completos, como los de los actuales gobernantes militares en varios países del sector afro-occidental, en los cuales los ejércitos no tienen efectivos mayores de unos 1.500 a 2.500 hombres.

Al final se llega a tener que determinar los límites de la revolución general del Africa negra, así como sus características peculiares dentro del llamado «tercer mundo». Dice Wauthier que independencia y unidad fueron las principales consignas del nacionalismo panafricano, a las cuales se añadieron luego las del socialismo y neutralismo, aunque todo fue a la vez contrarrestado, por la que ha sido denominada «la balcanización negra», es decir, la excesiva división de sus micronaciones. Comparar los resultados conseguidos con los objetivos teóricos, resulta imprescindible para poder medir los impactos producidos por el pensamiento sobre la acción. En el orden de las actitudes de las más jóvenes generaciones de la «nueva ola» de intelectuales africanos, el libro de Wauthier concluye recogiendo los resultados de una encuesta hecha entre los estudiantes negros residentes en Francia. Casi todos ellos rechazan que las trayectorias políticas de sus respectivos países se apoyen en el nacimiento de regímenes clasistas y de localismos aislados, una y otra cosa contrarias al espíritu del negrismo, que ha de seguir respondiendo a un humanismo y un internacionalismo abiertos.

En resumen, y volviendo al libro *El Africa, de los africanos*, puede decirse que constituye una introducción completa a todo un proceso de liberación semi-continental del mundo al otro lado del Sahara, y es un instrumento excelente para trabajar sobre el estudio de las posibilidades del «negrismo comprometido».

RODOLFO GIL BENUMEYA.

BEATON, LEONARD: *The Struggle for Peace*. George Allen and Unwin. Londres, 1966, 118 páginas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, como antes, la perspectiva o la posibilidad de conflicto es uno de los mayores motivos de interés o preocupación no menos que de preparación. Algún cambio se ha producido, sin embargo, en la situación general a causa de la entrada en escena de un factor radicalmente nuevo: las armas de devastación y los medios, rectores, de llevarlas hacia un

objeto en cualquier parte de la tierra y en espacios de tiempo que se miden en cualquier caso en la fracción mayor o menor de una hora.

¿Las posibilidades o perspectivas de paz son, en un mundo como éste, mayores o menores que las que han podido existir anteriormente? Al cabo de la lectura de este breve, pero muy adecuado, resumen de la situación para todo el que se conforme con menos que una exposición exhaustiva de una de las cuestiones de un interés más permanente y justificado, se puede leer: «Hay diferencias profundas de opinión entre los que dedican una atención seria al tema sobre si un mundo desarmado sería más seguro y mejor que el mundo que ahora tenemos. Pero la gran mayoría de las gentes informadas podrían llegar al acuerdo de que, bueno o malo, deseable o indeseable, es improbable que se dé (un mundo desarmado). A menos que los Gobiernos cambien radicalmente de perspectiva y crean que la seguridad que ahora reciben de sus armas se está desvaneciendo rápidamente, es probable que las grandes propuestas de desarme sean rechazadas. El diálogo sobre el desarme entre la Unión Soviética y los Estados Unidos y sus aliados se mantiene a un nivel muy bajo. Sus pretensiones a ser considerado como una negociación son ridículas. A pesar de años de esfuerzo, es muy poco lo que se ha logrado; y además Francia no ha dado su consentimiento a la posición occidental y los puntos de vista de China no han sido todavía ni siquiera solicitados.

«Tenemos, por tanto, que calcular que nuestro mundo ha de continuar pesadamente armado. Las confrontaciones pueden cambiar. Las antiguas disputas pueden desvanecerse y con ellas las armas a ambos lados que las rodean. Pero con 130 disputantes posibles en todos los niveles de poder (y con un buen número de ideologías) son muchas posibilidades de nuevas disputas. El problema central del poder ha de ser el asegurarse de que no conduzcan al desastre por alguna manera de progresión».

Los caminos de la progresión, de la escalada, están abiertos, sin duda, como bien se encarga de hacer demostración reiterada de ello la guerra del Vietnam. Y la posibilidad de marchar por ellos con la más impresionante y costosa acumulación de armamentos que se haya podido conocer en el pasado, incluso en un pasado reciente en el que el desarrollo constante y acelerado de la industria de guerra era una cuestión de vida o muerte, porque la guerra, una vez que ha empezado suele ser de insaciable voracidad.

Cada día trae sus problemas y preocupaciones, sin embargo, y lo que se está haciendo ahora, que tanto se habla de desarme, desde hace años ya, por el lado de los preparativos para el caso de guerra, sube a más que todo lo que se ha podido hacer en el pasado, con la excepción, y no siempre, de tiempo de guerra en que hace falta reemplazar a cada instante lo que se va consumiendo y se va gastando.

En la introducción de su libro resume Mister Beaton la situación general, desde este punto de vista, al hablar de la importancia y volumen de las fuerzas armadas y lo que a su sostenimiento y desarrollo se dedica: 50.000 millones de dólares al año (mucho más ahora, con la guerra del Vietnam del Sur en marcha) en los Estados Unidos, con la Unión Soviética un poco más atrás, con acaso 40.000 millones, y con otras potencias ya en posición muy retrasada, pero aun así, con gastos de excepcional importancia: «unos 5.000 millones de dólares tal vez en Inglaterra, Francia y la Alemania Occidental, quizá 3.000 millones en China, 2.000 millones en la India, 1.500 millones en el Canadá e Italia, 980 millones en Indonesia, 700 millones de dólares en el Japón y cantidades sustanciales en otras partes».

Son partidas realmente altas, que no dejan de llamar la atención cada vez que se habla de ellas. Y no sólo por la importancia, sino por lo que sin duda

representan como factor de desequilibrio en unos países más que en otros, pero convertidas ya en un peso considerable en casi cualquier país del mundo. Sólo con pensar en que la India, siempre al lado casi del borde del hambre cuando no está sufriendo sus consecuencias de una manera muy general y dramática, gasta sumas fantásticas con fines militares hay motivos sobrados para acariciar la sospecha de todas esas cosas del desarme de que tanto se viene hablando apenas pueden ir mucho más allá del intento de desviar la atención de cuestiones mucho más reales y agobiadores.

Más agobiadoras todavía, es posible, si se llega a plantear la cuestión en términos realistas. Porque con el pleito permanente y agrio que está planteado entre la India y el Pakistán, por una cuestión como la de Cachemira y, acaso mucho peor todavía, con la situación—y la actitud—que hay por detrás de la cordillera Himalaya, ¿qué otra cosa puede hacer la India que prepararse y prepararse con prisa y en gran escala, para afianzar su propia independencia y seguridad o para rechazar, a pesar posible, cualquier agresión que pudiera producirse, que es probable incluso que llegue a producirse en el futuro como ya lo hizo en el pasado?

Si fuese posible olvidarse de que nos encontramos viviendo en la era atómica se podría llegar con facilidad a la conclusión de que la situación general sigue siendo poco más o menos como ha sido en el pasado, cuando se podía tener la sospecha—la certeza más bien—de que un día u otro los preparativos y los gastos de esta clase encontrarían alguna justificación práctica y real. Pero la introducción de las armas nucleares, ¿ha podido producir un cambio radical en las perspectivas de guerra o paz?

Lo que ha venido sucediendo en los últimos años deja algún paso a la duda, quizá incluso a la sospecha de que se haya llegado, ciertamente, a ese equilibrio del terror que si no hace imposible, acaso haga difícil, por lo menos, pensar en la guerra, en una guerra nuclear, como el medio de solución de problemas que tienden a extenderse, agravarse y, en definitiva, encontrarse hasta producir la sensación de lo intolerable, cualesquiera que pudiesen ser las consecuencias.

Además, en lo que pudiera llamarse el proceso de escalada de los preparativos—y advertencias—de la era atómica en las pocas ocasiones en que pudo tenerse el presentimiento de que la confrontación acabaría siendo inevitable, siempre, hasta ahora, se ha dado marcha atrás de alguna manera. Ya se trate de la crisis de Berlín o de Cuba y muy especialmente de esta última, la política del «brink», el abismo, o de las represalias rotundas e inmediatas no alcanzó la consecuencia última y definitiva. Es posible que una observación como aquella de Jrushev, al hablar de una bomba nuclear que no llegó a los 100 megatonnes que se habían insinuado, al ser reducida deliberadamente a 57 megatonnes, porque de otro modo hubiera sido tan potente «que nos hubiera roto las ventanas», impresionase tanto o más al que la hacía que a los que podían escucharle.

Una de las conclusiones a que es posible llegar, con este libro a la vista, es que la situación general podría ser mejor, acaso hasta relativamente satisfactoria—sin dejar por ello de ser grandes y crecientes los preparativos militares, una de las grandes constantes de nuestro tiempo y de otros tiempos también, aunque los medios de expresión hubiesen sido distintos, ajustados en realidad a las circunstancias del ambiente—de estar dominada por los dos colosos de la era atómica.

Pero las armas nucleares son aparentemente un pobre elemento defensivo y por todas partes, en mayor o menor medida, en algunos puntos con mucha demostración de impaciencia, asoman indicios inquietantes de la posibilidad de situaciones capaces de sacar buen partido a una situación así. Una de las cosas que pudiera estar demostrando ya la guerra del Vietnam es lo difícil que resulta hacer frente a los problemas de la paz y la guerra cuando el aspecto dominante,

RECENSIONES

decisivo, del poder se presenta en la forma de bombas nucleares y proyectiles balísticos.

De lo que ha ido saliendo la consecuencia, en cualquier caso por los Estados Unidos, de tener que volver a lo de antes, las armas y los métodos convencionales, pero sin olvidar por ello lo nuevo. Con lo que la situación se hace mucho más costosa. En el caso en que no sea también más comprometida.

JACINTO MERCADAL.